

Un océano crepuscular  
va dejando palomas muertas,  
con la misma persistencia  
que tiene un perro ovejero  
al traer una pelota roja  
al borde de unos pies descalzos.

Sobre la arena húmeda  
de aceite y de petróleo  
se preguntó:

-¿por qué tantos pájaros  
yertos  
bajo mis pies desnudos?-

Él siempre creyó  
que en la costa  
sólo habían gaviotas  
o pelícanos.

Disfruto por un momento  
de ese ardor dulce y meloso  
que deja en la piel picosa  
el fentanilo.

Después de un tiempo,  
que era eterno,  
volvió a sentir los ecos  
de otro océano  
bajo su piel que ardía  
de cangrejos y

cuervos degollados  
con cuencas oculares vaciadas  
en la gélida playa;  
negros,  
esposos de petróleo  
de otro nuevo y

aterido anochecer:  
sin ninguna luz ya  
en las pupilas abiertas  
de estar muerto.

(18.01.2024)